

RAFAEL GARCÍA MAHÍQUES
VICENT FRANCESC ZURIAGA SENENT
(Eds.)

IMAGEN Y CULTURA

**La interpretación de las imágenes
como Historia cultural**

Volumen II

Biblioteca Valenciana

© De l'edició: Generalitat Valenciana, 2008

© Dels textos: els autors i les autores

Direcció General del Llibre, Arxius i Biblioteques

Directora general del Llibre, Arxius i Biblioteques: Sílvia Caballer Almela

Biblioteca Valenciana

Monestir de Sant Miquel dels Reis

Av. de la Constitució, 284

46019 València - Espanya

<<http://bv.gva.es>>

Disseny, maquetació i correcció: Emili Morales Pabón

Àrea de Publicacions. Direcció General de Relacions amb les Corts i Secretariat del Govern

Conselleria de Presidència

ISBN: 978-84-482-5065-2 (O.C.)

Vol. I: 978-84-482-5090-4

Vol. II: 978-84-482-5091-1

Dipòsit legal:

Imprés a Espanya

Queda prohibida la reproducció total o parcial d'este llibre, així com la inclusió en un sistema informàtic, la seua transmissió en qualsevol forma o mitjà, tant electrònic, mecànic, per fotocòpia, registre o altres mètodes, sense el permís previ i per escrit dels titulars del *copyright*.

ÍNDICE

VOLUMEN I

PRESENTACIÓN	15
--------------	----

LA INTERPRETACIÓN DE LAS IMÁGENES COMO HISTORIA CULTURAL. MARCO DEL ENCUENTRO

El proyecto «Los tipos iconográficos» y una reflexión sobre la terminología en los estudios iconográficos. Rafael García Mahiques	21
--	----

SESIONES PLENARIAS

La mujer salvaje. De la emblemática al espectáculo. Pilar Pedraza	45
La urna como jeroglífico: Francisco de Borja, despojo y reliquia. Jaime Cuadriello	59
De la Máscara. Rembrandt, <i>Autorretrato</i> de Boston: una alegoría de la Pintura y algo más. Imagen de la muerte y resurrección en Miguel Ángel. Jesús María González de Zárate	85

ESTUDIOS

Del Jardín de las Hespérides al <i>Hortus Conclusus</i> . Interpretación iconológica de la portada del claustro de Santa María Coronada en Medina Sidonia. Antonio Aguayo Cobo	111
La leona, símbolo de la mala mujer. María del Mar Agudo Romeo	129
La emblemática en las imágenes jesuitas novohispanas del templo de la Santísima Trinidad en Guanajuato. Montserrat Georgina Aizpuru Cruces	139
El símbolo político del nogal en los <i>Emblemata centum regio política</i> de Juan de Solórzano. Ana M.ª Aldama Roy	151
Incidencia de la emblemática en la heráldica. Escudos valencianos. Asunción Alejos Morán, Oreto Trescolí Bordes y Desirée Juliana Colomer	167
Pobreza y riqueza en los libros de emblemas españoles. M.ª Dolores Alonso Rey	185
Emblemática mariana no convento de São Francisco de Salvador, Bahía, e seus modelos europeus. Rubem Amaral Jr.	203
Los Borja en Valladolid: arte, iconografía y emblemática. Patricia Andrés González	217
San Giacomo <i>matamoros</i> in difesa dell'Immacolata Concezione: iconografia e significato della decorazione di Santa Maria Porta Paradisi. Alessandra Anselmi	227

Los <i>Emblemata centum regio politica</i> (Madrid, 1653) de Juan de Solórzano. Beatriz Antón	249
Élites rurales y el consumo de objetos de arte y productos de lujo en el País Valenciano durante la Baja Edad Media. Frederic Aparisi Romero	269
El emblema al servicio de la fe: el Evangelio emblemático. José Javier Azanza López	283
De los bestiarios a los libros de emblemas: palabra e imagen para la salamandra en Francia (ss. XIII-XVII). Teresa Baquedano	303
Metáfora, símbolo y alegoría: las tres Gracias del emblematismo. Christian Bouzy	313
Imágenes para el recuerdo: el sepulcro de Esteban Domingo y su capilla funeraria en la catedral de Ávila. Sonia Caballero Escamilla	329
<i>La belle dame sans merci</i> . Aproximación a la iconografía moderna de la mort. De Poussin a Picasso. Eduard Cairol Carabí	347
Ecos de un nuevo Francisco de Asís. Gestación, difusión y ejemplos de la interpretación contrarreformista del santo. Silvia Canalda i Llobet	359
Emblemas para un príncipe: el manuscrito 2492 de la Biblioteca Nacional. Berta Cano Echevarría y Ana Sáez Hidalgo	381
El programa iconográfico del <i>De Laudibus Sanctae Crucis</i> de Rabano Mauro a partir del ejemplar custodiado en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid (BH MSS 131). Helena Carvajal González	393
El mito de Acteón en la emblemática neolatina. M.ª Dolores Castro Jiménez	405
Emblemática y arte de la memoria en el Nuevo Mundo: el testimonio de Guamán Poma de Ayala. César Chaparro Gómez	423
La utilización del género emblemático en las entradas virreinales novohispanas y su proyección en el siglo XIX mexicano. Juan Chiva Beltrán	441
La iconografía en las custodias valencianas (ss. XVI-XX). Francisco de Paula Cots Morató	459
Entre el <i>túmulo imperial</i> y el <i>llanto de Occidente</i> . Emblema y arquitectura en las exequias de los Austrias en la Nueva España. Luis Javier Cuesta Hernández	481
La ostensión de la patena: génesis, desarrollo e interpretaciones artísticas de un gesto litúrgico en la Edad Media. Patricia Sela del Pozo Coll	499
Los estudios de emblemática hispana en la perspectiva del <i>giro visual</i> en la postmodernidad. Fernando R. de la Flor	519

El emblema del décimo duque de Béjar en la crónica franciscana de fray José de Santa Cruz. María del Carmen Díez González	531
<i>Vulgando minotaurum</i> : la imagen de un monstruo escondido en los <i>Emblemas</i> de Alciato. Fátima Díez Platas	537
<i>Mitos de libro</i> : la ilustración de las <i>Metamorfosis</i> de Ovidio en las ediciones españolas del siglo XVI. Fátima Díez Platas, Estíbaliz García Gómez, Marta Paz Fernández y Cristina López Gómez	549
Iconografía de la Mujer del Apocalipsis como imagen de la Iglesia. Sergi Domènech García	563
Emblemática popular. Jeroglíficos y enigmas de Andrés de Rodas en el Corpus de Estepa (1612-1620). Reyes Escalera Pérez	581
El gallo como símbolo en los <i>Emblemata centum regio politica</i> de Juan de Solórzano: fuentes literarias e iconográficas y contexto político. Antonio Espigares Pinilla	599
La lápida del arquitecto teórico-práctico Lucio Vitruvio Cerdón realizada por Torello Saraina en Verona. Juan Francisco Esteban Lorente	615
<i>Virtuosa eloquentia</i> : retórica y moral en la emblemática hispana. Jorge Fernández López	623
Aproximación a las fuentes escritas en los modelos de las Venus reclinadas. Francisco Fonseca	641
Termes i batavians: representació emblemàtica de l'immobilisme a l'Època Moderna. Cristina Fontcuberta i Famadas	645
¿Iconografía tridentina o adoctrinamiento a los moriscos? El caso valenciano en el siglo XVI. Borja Franco Llopis	663
Las <i>Revelaciones</i> de santa Brígida: Navidad y Pasión en el marco de la iconografía. Algunas derivaciones. Ángela Franco Mata	675
Símbolos y jeroglíficos en el sepulcro de un príncipe: las piedras en un sermón fúnebre para el obispo poblano Manuel Fernández de Santa Cruz (1699). Montserrat Galí Boadella	705
Los pontificales medievales y su ilustración: la liturgia de las ordenaciones y su codificación ritual a través de la imagen. Pascual Gallart Pineda	713
Visiones y representaciones del mal en el imaginario emblemático hispano. José Julio García Arranz	731
Las alegorías de la Casa Marau de l'Ollería. Posible orientación francmasónica del programa iconográfico. Rafael García Mahiques y Rafael Sánchez Millán	755

Los santos elegantes. La iconografía del joven caballero y las polémicas sobre el lujo en el arte gótico hispano. Juan Vicente García Marsilla	775
<i>La Escuela de Atenas</i> de Rafael y su difusión en la prensa romana de finales del siglo XVIII. Esther García Portugués	787
<i>La ystòria de Joseph</i> de Joan Carbonell. Font literària del programa de Ribalta per a la capella de Sant Josep a Algemesí. Joan Carles Gomis Corell	803
Las Vírgenes abrideras durante la Baja Edad Media y su proyección posterior. Irene González Hernando	817

VOLUMEN II

<i>Post tenebras spero lucem</i> : presencia emblemática en las ediciones ilustradas del <i>Quijote</i> . Fernando González Moreno	833
Remedios contra el olvido. Emblemática y conquista en los muros del primer santuario mariano de América. Rosario Inés Granados Salinas y Édgar García Valencia	849
Influencia de la <i>Hypnerotomachia Poliphili</i> en la arquitectura valenciana del Renacimiento temprano. Federico Iborra Bernad	861
Promesa para una hipótesis muy provisional de la secuencia emblemática. Víctor Infantes	879
La Epifanía de la Adoración de los Magos. Fuentes e iconografía. M.ª Teresa Izquierdo Aranda	893
Entre el barroco colonial y la tradición europea. Una fachada de arquitectura oblicua en el Pirineo altoaragonés: las portadas de la iglesia del monasterio nuevo de San Juan de la Peña. Natalia Juan García	913
Programas iconográficos monumentales góticos: usos, funciones e historia local. Lucía Lahoz	933
Fe y obras: un discurso contrarreformista en la sillería del coro de la catedral de Lugo. Marica López Calderón	953
Las empresas de Giacomo Saporiti a las heroicas hazañas del duque de Osuna, virrey de Sicilia. Sagrario López Poza	973
<i>Tabula Cebetis</i> : el programa iconográfico del comedor de los príncipes de Asturias del Palacio de El Pardo. José Manuel B. López Vázquez	989
Las murallas de Tebas y Jericó o el poder de la música. M.ª Paz López-Peláez Caseillas	1007

Ciencia, terror y cultura gótica: la creación de la imagen del vampiro. Santiago Lucendo Lacal	1019
La interpretación alegórica en los comentarios de El Brocense y de Diego López a los <i>Emblemas</i> de Alciato. Manuel Mañas Núñez	1029
Dios Creador: la concepción del Cosmos en el Próximo Oriente antiguo y en el Antiguo Testamento. M.^a Ángeles Martí Bonafé	1043
Emblema y universidad. La significación iconográfica contemporánea en los logotipos de las universidades públicas españolas. Agustín Martínez Peláez	1051
Pervivencia de la Antigüedad clásica en la emblemática hispánica. El caso de las <i>Saturae</i> de Persio en las <i>Empresas morales</i> de Juan de Borja. Alejandro Martínez Sobrino	1063
Divisas, emblemas y heráldica papal en la Italia del Renacimiento. Víctor Mínguez Cornelles	1073
Representación del calendario litúrgico en la Baja Edad Media. Matilde Miquel Juan	1085
Cruces, caminos y muerte. M.^a Elvira Mocholí Martínez	1097
Emblemática y portadas de libros. Don Juan José de Austria y el modelo educativo de Carlos II. Emilia Montaner López	1117
<i>Prometheo, undique clariori</i> . El arco catedralicio para el recibimiento del virrey marqués de Casafuerte en México. Francisco Montes González	1133
El Triunfo de Cristo en Ticiano y sus consecuencias en el arte. José Miguel Morales Folguera	1147
El vestido musulmán medieval, ¿una moda o un elemento de discriminación? Mar Moreno Bascuñana	1159
Presencia del <i>threnos</i> bizantino en el románico occidental. Ana Belén Muñoz Martínez	1169
La significación política de la emblemática real en los albores de la Edad Moderna (1419-1518): emblemas reales y nueva historia política. David Nogales Rincón	1189
Imágenes de caballeros santos representados en pareja. Un refuerzo de la idea de espiritualidad guerrera. Enric Olivares Torres	1207
Alegoría del Triunfo del Tiempo en la Casa del Deán, en Puebla de los Ángeles. Rocío Olivares Zorrilla	1227
Espejos de culturas: los enigmas de la emblemática en la cultura gráfica popular del siglo XVII. Yolanda Pérez Carrasco	1237
Ícaro del abismo: iconografía y significado del hombre-peze. Luis Pérez Ochando	1247

Una heráldica urbana y popular: los escudos de las fallas de la ciudad de Valencia. Jesús Peris Llorca	1269
Una obra musical profana inédita de san Francisco de Borja: «¡Ay! qué cansera, déxeme Usted». Miguel Ángel Picó Pascual	1277
Las figuras alegóricas del mural de la Feria de San Marcos. Suma y reflejo de una pequeña ciudad de la provincia mexicana. Luciano Ramírez Hurtado	1283
Les arts figuratives i la didàctica de la literatura: exemple de la llegenda del lladre penedit. Lluís Ramon i Ferrer	1297
Mariologías o Letanías Lauretanas sobre madera hasta 1750. Interferencias, arte y cultura en el antiguo reino de Galicia. Iván Rega Castro	1305
<i>Atheneo de grandesa</i> (1681), un ejemplo de literatura emblemática catalana. Alma Linda Reza Vázquez	1325
Fortuna, la muerte y el arte de la Pintura: una lectura emblemática de <i>El gabinete del pintor</i> , de Frans Francken el Joven. Carmen Ripollés Melchor	1337
<i>Virgo Potens</i> : alabanzas marianas y zoología fantástica en la sillería de la Colegiata de Guadalupe. Lenice Rivera	1351
Reconstrucción de la insólita iconografía del patriarca Ribera difundida en la ciudad de Valencia durante las fiestas de su beatificación. Raquel Rivera Torres	1365
<i>Lusitania liberata</i> . La guerra libresca y simbólica entre España y Portugal, 1639-1668. Inmaculada Rodríguez Moya	1377
A la caza del ciervo. El símbolo del ciervo y sus fuentes en los <i>Hieroglyphica</i> de Pierio Valeriano, Horapolo y el <i>Physiologus</i> . Antonio Rojas Rodríguez	1393
La imagen del héroe en el teatro barroco español. García de Paredes y la construcción de un emblema. José Roso Díaz	1413
La Dormición de la Virgen María en el arte bizantino durante la dinastía de los Paleólogos: estudio de cuatro casos. José María Salvador González	1425
El Cristo serafín de la Estigmatización de san Francisco. Rafael Sánchez Millán	1437
Emblemas para una emperatriz muerta. Las honras madrileñas de la Compañía por María de Austria. Jorge Sebastián Lozano	1453
Masonería y socialismo en los murales de la Escuela Nacional de Agricultura. Ana María Torres Arroyo	1463
La presencia de Tuilio en su edición de los comentarios a los <i>Emblemas</i> de Alciato (Padua, 1621). I. Los comentarios de El Brocense. Jesús Ureña Bracero	1475

Materia, imagen y magia en los <i>Papiros mágicos griegos</i> . M.^a Luisa Vázquez de Ágredos Pascual	1485
Imágenes del Inframundo: las puertas al Infierno. Cristina Vidal Lorenzo	1497
La cena del rey Baltasar. Luis Vives-Ferrándiz Sánchez	1507
El emblemático catecismo de la Compañía de Jesús y su influencia en la formación del imaginario doctrinal de la Contrarreforma. Rafael Zafra Molina	1523
La emblemática en las entradas reales de la corte de los Austrias. Teresa Zapata Fernández de la Hoz	1537
Los tipos iconográficos, culto e imágenes de los santos de la Orden de la Merced: el ejemplo de san Ramón. Vicent Francesc Zuriaga Senent	1555

EMBLEMAS PARA UNA EMPERATRIZ MUERTA. LAS HONRAS MADRILEÑAS DE LA COMPAÑÍA POR MARÍA DE AUSTRIA

Jorge Sebastián Lozano

Fundación Mainel

1. Introducción

LA emperatriz María de Austria (Madrid, 1528-1603) apenas ha recibido la atención historiográfica que su trayectoria sin duda merece. Sin escaparnos por el momento al tópico de definir a una mujer por su entorno masculino, fue hija, esposa y madre de emperadores. Nacida en España, pasó casi tres décadas en la corte austriaca, en un período crucial de la historia europea. Después regresó a la península ibérica, donde vivió otras dos décadas en el retiro monacal de las Descalzas Reales, en la cercanía de un rey del cual era hermana y suegra a la vez. Pudo vivir también los cinco primeros años del reinado de su nieto.

Un personaje de este relieve no pasó desapercibido entre sus coetáneos y en las generaciones siguientes. Hasta cincuenta años después de su muerte, un grupo de clérigos, particularmente vinculados a la familia regia y al convento de las Descalzas,

mantuvo vivo su recuerdo en diversos escritos.¹ Después se sumió en un largo olvido, del que sólo ha salido en los últimos quince años gracias a unos pocos estudios especializados. Sus contemporáneos transmitieron la imagen de una mujer centrada en su papel de transmisora de la dinastía habsbúrgica –en sus dos ramas principales– y de devota intercesora en vida por los destinos de la misma. La literatura científica reciente ha complementado esta visión con la de una mujer fuertemente involucrada en la política española e internacional del momento.² Como tantas otras mujeres de sangre regia, su destino personal, familiar y, por ende, público, se fraguó en un país diferente al suyo de nacimiento. Durante mucho tiempo actuó como correa de transmisión de las tensiones entre las dos ramas de una dinastía que en aquellos momentos constituía la principal potencia internacional. En Praga le tocó defender, principalmente, la conserva-

1. Biografías más o menos detalladas de la emperatriz se contienen, además de en el *Libro de honras* que es el núcleo del presente estudio, en las obras de fray Juan de Carrillo o Juan de la Palma, y muy especialmente en la de MENDES SILVA, Rodrigo. *Admirable vida, y heroicas virtudes de... la Esclarecida Emperatriz María*. Madrid: 1655.

2. El estudio fundamental para una nueva valoración del papel de la emperatriz es el de SÁNCHEZ, Magdalena S. *The Empress, the Queen and the Nun. Women and Power at the Court of Philip III*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1998. Más recientemente ha sido publicada su correspondencia conservada en el archivo de la Casa de Alba, por GALENDE DÍAZ, Juan Carlos. *Epistolario de la emperatriz María de Austria: textos inéditos del Archivo de la Casa de Alba*. Madrid: Nuevos Escritores, 2004. Dicho estudio deriva en parte de la tesis doctoral de CEÑAL LORENTE, Rafael. *La emperatriz María de Austria: su personalidad política y religiosa*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1991.

ción de la fe católica ante un marido y algunos hijos cuya ortodoxia religiosa era más que discutible. En Madrid actuó como garante de los intereses austriacos ante Felipe II, como valedora de una política centroeuropea frente a las voces que reclamaban una orientación castellanista o, en cualquier caso, hispánica.

En su vida, como en la de su hermana la princesa Juana de Portugal, puede verse la medida del poder femenino en las monarquías de la Edad Moderna: un poder rara vez formal, sino más bien tácito, basado en conexiones de prestigio e influencia. Un poder ejercido a través de redes clientelares, de intercambio de objetos preciosos, de afinidades espirituales a la vez que temporales. Finalmente, un poder al que la viudez prolongada y el retiro monástico proporcionaban un entorno extremada y paradójicamente favorable.³

En este contexto, el libro de emblemas que aquí queremos analizar supone un punto más de ocultamiento y excepcionalidad. En efecto, el *Libro de las honras que hizo el Colegio de la Compañía de Jesús de Madrid, a la M.C. de la Emperatriz Doña María de Austria* (Madrid: Luis Sánchez, 1603) consti-

tuye una pequeña rareza, tanto por su temprana fecha como por su contenido, totalmente determinado por los intereses de sus editores, los jesuitas asentados en Madrid.⁴

2. Las honras en la Compañía

Puede comprenderse mejor el carácter excepcional del libro si empezamos señalando que, tras la muerte de la emperatriz, el 26 de febrero de 1603, se celebraron al menos cuatro honras fúnebres de importancia en su honor.

Una fue en la corte, que desde 1601 se radicaba en Valladolid. En San Benito el Real (21 y 22 de marzo) se montó el túmulo con la capilla ardiente, «poco o nada diferente del que se hizo en Madrid en Santo Hieronymo para las honras del Rey Don Philippe el segundo», tal como se recoge en una relación conservada en Viena.⁵ Al mismo modelo respondía la decoración que, en las Descalzas Reales de Madrid (18 y 19 de marzo), organizó la propia Real Casa de la emperatriz. Por una descripción contemporánea, puede asegurarse que reutilizó muchos de los materiales y el esquema general de ese mismo túmulo de Felipe II en los Jerónimos de Madrid. En tercer lugar, la villa de

3. No hay una buena visión de conjunto sobre la actuación de las mujeres regias en la España moderna, pero sí brindan una imagen suficiente los estudios reunidos en LÓPEZ-CORDÓN, María Victoria y FRANCO RUBIO, Gloria. *La reina Isabel I y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*. Madrid: Fundación Española de Historia Moderna, 2005. Desde el ámbito histórico-artístico, los estudios de Annemarie Jordan han proporcionado una excelente profundización en diversas mujeres de la Casa de Austria en el XVI: v. particularmente «Las dos águilas del emperador Carlos V. Las colecciones y el mecenazgo de Juana y María de Austria en la corte de Felipe II», en RIBOT, Luis (ed.). *La monarquía de Felipe II a debate*. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 429-472.

4. De carácter anónimo, la obra no atrajo la atención de los estudios emblemáticos durante mucho tiempo. Campa la omitió en su bibliografía (CAMPÁ, Pedro F. *Emblemata Hispanica. An Annotated Bibliography of Spanish Emblem Literature to the Year 1700*. Durham: Duke University Press, 1990), aunque la añadió en unos *Addenda et Corrigenda* de circulación limitada. Más tarde sí la ha comentado en otras publicaciones (cf. n. 11). Este oscurecimiento se ha visto parcialmente suplido en los últimos años, cuando ha sido incorporada a diversos repertorios de literatura emblemática hispana, como los auspiciados por Sagrario López Poza o Antonio Bernat Vistarini.

5. JORDAN. Op. cit., p. 467.

Madrid optó también por la continuidad, y seguramente por el ahorro, pues pidió permiso al Consejo Real para utilizar la misma decoración ya montada en las Descalzas Reales por la Casa de la emperatriz, celebrando sus oficios los días 19 y 20 de marzo.⁶

En ese contexto, un mes más tarde, el 21 y el 22 de abril, el Colegio madrileño de la Compañía de Jesús ofreció unas honras fúnebres más, que no sólo rivalizaban sino que superaban a las precedentes. (Las fechas más tardías se explican también por el deseo de hacerlas coincidir con la congregación provincial de los jesuitas.) El túmulo fue de dimensiones similares al de las Descalzas (60 pies de alto por 16 de ancho), y su estructura se inspiraba en el mismo, introduciendo algunos cambios poco sustanciales.

A diferencia de las honras anteriores, en las celebradas por la Compañía pudo asistir-se a un extraordinario despliegue de elementos poéticos y visuales dispuestos por toda la iglesia. Así lo detalla el *Libro de las honras*: «Desde el punto que se tomó resolución de hazer estas honras, los Superiores dieron orden a los padres que tenían talento para ello, que hiciesen algunas composiciones de toda suerte de poesías, en alabanza de su majestad, y de sus raras y excelentes virtudes, y así hizieron muchas en diversas lenguas, en castellano, latín, griego, hebreo, sonetos, octavas, hieroglíficas, epigramas, canciones fúnebres y otras suertes de versos. Todas estas letras se adornaron con graciosas, artificiosas y costosas pinturas. El número de los papeles que se hizieron, fue tan

grande, que hubo para poner dos ordenes dellos, alto y baxo, por toda la Iglesia: los quales, por la curiosa pintura que tenían, como por la buena distribución con que se pusieron, parecieron en extremo bien sobre los paños negros». Doce pinturas muy señaladas representaban «doze Águilas muy grandes en campo dorado, que tenían el pecho abierto, y en el escrito cada una un soneto, las quales se pusieron en los puestos mas principales de la Iglesia». Abundaban también en esta decoración los escudos imperiales, rematados por la corona. En la capilla mayor, dos canciones fúnebres muy extensas se adornaron cada una con cuatro escudos de la emperatriz. En los dos lados de la nave se dispusieron enfrentadas una canción fúnebre y un jeroglífico, cada una con cuatro escudos. El túmulo contaba con la decoración más habitual en estos casos: en el centro del mismo, dos ángeles portaban los escudos de la difunta, mientras que en las esquinas cuatro parejas de ángeles sostenían las armas de sus cuatro abuelos. El segundo cuerpo estaba ornado sólo por velas, y en la linterna un globo iba rematado por una corona imperial.⁷

Que la decoración arquitectónica fúnebre se complementase con imágenes emblemáticas o jeroglíficas (como las incluidas en los *papeles* de la nave de la iglesia) no resultaba ninguna novedad. Aunque Felipe II impidió que se utilizasen estos repertorios decorativos en las honras fúnebres directamente impulsadas por la corte durante su reinado, en las patrocinadas por la villa o

6. Para estas dos exequias, v. ALLO MANERO, María Adelaida. *Exequias de la Casa de Austria en España, Italia e Hispanoamérica*. Tesis doctoral. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1993, pp. 399-401.

7. La descripción de toda esta decoración ocupa las primeras páginas del libro, después de la dedicatoria, numeradas 1 a 4, 9 y 10.

Sobre las diferencias entre los túmulos masculinos y femeninos, v. ORSO, Steven N. «Praising the Queen: The Decorations at the Royal Exequies for Isabella of Bourbon». *Art Bulletin*, marzo 1990, vol. 72, n.º 1, pp. 51-73.

por otras ciudades sí tuvieron una rápida difusión y un uso intenso.⁸ En la propia corte, otras celebraciones públicas, como las sucesivas bodas de Felipe II con Isabel de Valois y con Anna de Austria, sí fueron ocasión para un despliegue de jeroglíficos, emblemas y enigmas en los que se volcaba la erudición de los sabios locales.⁹

Lo excepcional de las honras de 1603 fue que se recogiesen muchas de las composiciones poéticas, así como 36 emblemas, en una publicación derivada del evento. La rareza de los libros de honras fúnebres ilustrados es conocida: en el mejor de los casos, incluyen una imagen del túmulo. Una recopilación de emblemas, en esta cantidad y en fecha tan temprana como 1603, era ciertamente extraordinaria.¹⁰ También lo era en el contexto de la propia Compañía de Jesús. Aunque había prestado gran atención a los emblemas desde sus comienzos, esta tipología de libros de colegio (como los ha denominado Pedro Campa) se abre precisamente en 1603 con el libro que nos ocupa y otro publicado por el Colegio de Wurzburg.¹¹ En España se mantuvo como caso único (de libro de exequias con emblemas ilustrados) durante 40 años.

Todo lo dicho muestra que la Compañía hizo un gran esfuerzo para superar, con sus honras por María de Austria, a la propia Casa de la emperatriz y a la Villa de Madrid. Esto se explica por la posición institucional de la Compañía, y de ese Colegio en concreto, en relación con la monarquía y con la corte. Esa posición distaba de ser tan fuerte como lo sería en su siglo dorado, el XVII. Carlos V no se mostró especialmente cercano a la Compañía, ni siquiera cuando su fiel amigo Francisco de Borja profesó en ella. Felipe II también guardó prudente distancia durante gran parte de su reinado, en el que se produjeron diversas y agrias polémicas sobre el papel de la Compañía. Nunca vio con buenos ojos el sometimiento de los jesuitas al papado y participó en intentos de frenar su internacionalización, poniéndola, como las demás órdenes religiosas, en un contexto nacional y por tanto controlable por la monarquía.¹² También es cierto que muchos de sus nobles más allegados estuvieron particularmente cercanos a la Compañía (era el caso de Éboli, por citar el más relevante). Y, lo más significativo para nuestro propósito, sus hermanas Juana de Portugal y María de Austria tuvieron desde su in-

8. ALLO MANERO. Op. cit., p. 101.

9. Las fuentes y la literatura sobre el tema son vastas. Para una primera aproximación, v. SEBASTIÁN LOZANO, Jorge. «El género de la fiesta. Corte, ciudad y reinas en la España del XVI». *Potestas*, 2008, n.º 1, en prensa.

10. ALLO MANERO. Op. cit., p. 69: «La presencia de estampas sobre los jeroglíficos compuestos para la ocasión aún fue mucho más insólita y excepcional, quedando reservada a un limitado número de relaciones editadas por la corte española (1644, 1646, 1665, 1689) y las principales ciudades de los reinos extrapeninsulares (Méjico 1665, 1700; Nápoles 1611, 1665; Aquila 1598; Palermo 1665, 1689); en este sentido, merece una mención aparte la tempranísima relación de las exequias de los jesuitas en honor de la emperatriz María de Austria (1603), que llegó a incluir 36 grabados de jeroglíficos».

Conviene precisar que, aunque el libro se data en su portada en 1603, lleva privilegio de 24 de octubre del mismo año y tasa de 10 de febrero de 1604.

11. CAMPA, Pedro F. «La génesis del libro de emblemas jesuita», p. 57, nota 22, en LÓPEZ POZA, Sagrario (ed.). *Literatura emblemática hispánica. Actas del I Simposio Internacional*. A Coruña: Universidade da Coruña, 1996.

12. LOZANO NAVARRO, Julián J. *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*. Madrid: Cátedra, 2005, pp. 83-118.

fancia una grandísima estima por la Compañía. Juana, ya princesa viuda de Portugal, constituyó un excepcional caso de jesuita mujer (con el seudónimo de Mateo Sánchez) y fue ahijada espiritual de Francisco de Borja. La emperatriz María, tanto en Praga como en Madrid, fue una incondicional defensora de sus intereses, en agradecimiento por sus trabajos en pro de la ortodoxia católica en tierras centroeuropeas.

Muestra concreta de la predilección de María por los jesuitas fue, una vez regresada a Madrid, su voluntad de favorecer el Colegio que allí regentaban. Más concretamente, de erigirse como su protectora mediante una fundación perpetua. Si bien hubo en Madrid casa profesa de la Compañía desde 1560, el Colegio no pudo abrirse hasta 1572, por falta de medios y por la oposición del Estudio de la Villa, dirigido desde 1568 por López de Hoyos. El cronista temía que el Colegio acabase sustituyendo al Estudio, como finalmente sucedió en 1619. Las primeras décadas del Colegio de los jesuitas no fueron nada fáciles, de hecho, pero salió adelante gracias a donaciones privadas, pues los fondos de la Corona no llegaron hasta 1595.¹³

En ese contexto, ya en 1589 la emperatriz modificó su testamento para dotar generosamente el Colegio, haciéndolo fundación imperial. Sucesivas alteraciones aumentaron ese legado, que los jesuitas vieron como la

ansiada solución a sus problemas económicos, y el espaldarazo definitivo para su presencia en la corte.¹⁴ Para la emperatriz, erigirse en fundadora del Colegio Imperial le aseguraba un espacio póstumo consagrado a su memoria personal y dinástica, como habían hecho tantos otros miembros de su familia. En su testamento dispuso que, tal como había acordado con Felipe II, su hermano, sería enterrada en El Escorial; pero que, al menos mientras viviese su hija sor Margarita de la Cruz, sus restos descansarían en el convento de las Descalzas Reales.¹⁵ En este cenobio había profesado su hija y en él residió la propia emperatriz desde 1583 a 1603.

No obstante, ni El Escorial ni las Descalzas podían ser dignos testimonios de la memoria de la emperatriz. En ambos monasterios ya pesaba mucho la figura de sus respectivos fundadores: Felipe II y Juana de Portugal. El Colegio de la Compañía era la ocasión para construir un recordatorio a la importancia dinástica de su fundadora. Concretamente, el arbitraje de 1609 entre el Colegio y los testamentarios indicaba que en la nueva iglesia a levantar por el Colegio se construiría un monumento funerario de la siguiente traza. En el lado derecho de la capilla mayor se abriría un nicho en el que se pondría una estatua de la emperatriz, con el traje, edad y persona que tenía en 1589, cuando decidió fundar el Colegio Imperial. La estatua sería de alabastro o de bronce

13. SIMÓN DÍAZ, José. *Historia del Colegio Imperial de Madrid. Del Estudio de la Villa al Instituto de San Isidro: Años 1346-1955*. 2.ª ed. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, Biblioteca de Estudios Madrileños, 1992, p. 11.

14. Algunas ambigüedades en los testamentos de la emperatriz fueron origen de un inacabable pleito entre el Colegio y los representantes de su testamentaria: v. SIMÓN DÍAZ. Op. cit., pp. 56-59; GARCÍA LÓPEZ, Consuelo. «La Testamentaria de la Emperatriz María y su largo pleito contra el Colegio Imperial de Madrid». *Reales Sítios*, 1999, vol. 36, n.º 142, pp. 55-66.

15. KHEVENHÜLLER, Hans. *Diario de Hans Khevenhüller Embajador Imperial en la Corte de Felipe II*, en LABRADOR ARROYO, Félix y VERONELLI, Sara (eds.). Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, p. 552.

dorado, lo mismo que el sitial colocado delante. Encima habría tres escudos de armas imperiales y reales de España, en colores.¹⁶ Evidentemente, lo que sus herederos estaban diseñando era un espacio a imagen y semejanza de los monumentos funerarios de Felipe II y Carlos V en El Escorial, así como del de Juana de Portugal en las Descalzas. De esta forma, se concebía el Colegio y su iglesia como un espacio marcado por la presencia de su fundadora, aunque no fuese a ser enterrada allí.¹⁷

A pesar de estos planes tan ambiciosos, en el momento de la muerte de la emperatriz el Colegio estaba amenazado en su supervivencia por el traslado de la corte a Valladolid, dos años antes. En palabras del procurador provincial en 1603, el Colegio «tiene mucha necesidad, con la yda de la Corte por averle faltado casi todas las limosnas y la renta que en aquel pueblo tenía en casas. Sustenta muchos más de los que puede [...]».¹⁸ No obstante tales dificultades, el Colegio se lanzó a un extraordinario esfuerzo con la celebración de las honras por la emperatriz, incluyendo la publicación de un libro que hiciese memoria de las mismas. Se trataba de testimoniar su gratitud por el donativo que iba a permitir un salto cualitativo en la vida y la labor de los jesuitas madrileños, pe-

ro también de visualizar que el gran legado dinástico de la emperatriz iba a ser el propio Colegio, a pesar de la marcha de la corte.¹⁹

3. El libro y sus emblemas: gratitud y propaganda

El *Libro de las honras* era, por tanto, un argumento más. Huelga explicar aquí el papel de los jesuitas en la difusión y uso de los emblemas en la cultura contrarreformista.²⁰ Las honras y el libro eran la ocasión perfecta para hacer ostentación de la cultura humanística de los profesores y alumnos del Colegio, en una competición festiva que cuadra perfectamente con el carácter anónimo de los emblemas y muchas composiciones del *Libro*. Este tipo de ejercicios de ingenio y erudición eran frequentísimos en sus colegios, y en ocasiones anteriores ya habían contado con un público de rango regio. Así lo testimonia el título de una relación, seguramente perdida: «Hieroglíficas que se hizieron en nuestro colegio de Alcalá para el domingo á la tarde 27 de henero, que el Rey Don Phelipe, Principe é Ynfantas entraron en él, passando de la yglesia, donde aviendo hecho oracion fueron al patio, en el qual les leya y declaraua el Padre Sandoval Rector, que lo auian hecho y pintado en un solo día y noche».²¹ Datable en los años 80 del siglo XVI, indica cómo Feli-

16. SIMÓN DÍAZ. Op. cit., p. 56.

17. De todas formas, algunos indicios apuntan a que los jesuitas albergaban la esperanza de que la iglesia del Colegio podría llegar a ser panteón de personas de sangre real: v. LOZANO NAVARRO. Op. cit., p. 128, nota 23.

18. Citado por LOZANO NAVARRO. Op. cit., p. 128.

19. Más allá de los explícitos testimonios de gratitud recogidos en el propio libro de honras, merece recordarse aquí la dedicación del *Tratado de la Tribulación* a la emperatriz María «por la obligación que todos los desta Compañía de Jesús tenemos a su servicio». Su autor, el padre Pedro de Rivadeneyra, fue uno de los jesuitas más renombrados del Colegio madrileño, en el que falleció en 1611. Citado por MARTÍNEZ MILLÁN, José. «La emperatriz María y las pugnas cortesanas en tiempos de Felipe II», en BELENGUER CEBRIÀ, Ernest (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, vol. 2, p. 157.

20. Cf. CAMPA. Op. cit., 1996; LLOYD-BOSTOCK, Philip. *A Study of Emblematic Theory and Practice in Spain Between 1580 and 1680*. Tesis doctoral. University of Oxford, 1979, caps. 7 y 8.

21. LLOYD-BOSTOCK. Op. cit., p. 212.

pe II, las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela y el príncipe Felipe pudieron ser testigos de las invenciones emblemáticas de los profesores y estudiantes del Colegio de la Compañía en Alcalá.

La presencia en la corte madrileña de don Juan de Borja, mayordomo de la emperatriz, diplomático, intelectual y emblemista de talla internacional, era otro motivo más para recurrir al lenguaje de los emblemas.²² El *Libro* menciona su asistencia (y la del embajador imperial Khevenhüller) a las honras fúnebres (p. 10v), con todo lo que esta presencia conllevaba para el reconocimiento del peso cultural y político de la fundación póstuma de la emperatriz. También tenía un enorme valor simbólico para la Compañía, pues era hijo de Francisco de Borja, actor principal en la propia creación de la Casa y Colegio madrileños durante los años 60 y 70 del siglo anterior.

Consecuentemente con todo ello, un tema de importancia capital en el *Libro* es la predilección y constante ayuda de la emperatriz a la Compañía, sin pasar por alto la generosidad con que su testamento dotaba al Colegio. Aparece no sólo en la dedicatoria del libro (p. 2v) o en el sermón predicado por el padre Jerónimo de Florencia (p. 37r), sino en algunos de sus treinta y seis emblemas, llamados «hieroglíficas» en el texto. El número 21 (*Ut pupillam oculi*), quizá el más conocido, ofrece una rotunda solución gráfica para el tema de la protección de la empe-

ratriz a la Compañía: un escudo con las armas de la emperatriz y una corona imperial resguarda al sol-nombre de Jesús-Compañía de Jesús de las flechas de sus enemigos.²³ También el 19 (*Ostensus est in fine thesaurus immortalitatis*) insiste en el amor de la emperatriz a la Compañía, y precisa que «con todo eso siempre tuuo encubierta y guardada en su pecho tan singular merced, la qual se manifestó en su muerte, pues entonces pareció por su testamento la Imperial fundacion que hizo en este Colegio de la Compañía de IESVS de Madrid». La guadaña de la muerte abre el pecho del águila bicéfala imperial y descubre en su interior el nombre de Jesús, que por la glosa queda equipado a la propia Compañía.²⁴

En efecto, los emblemas que aluden al Nombre de Jesús siempre lo representan mediante el anagrama de la Compañía: la cruz, el rótulo IHS y los tres clavos. El propio uso de la empresa jesuita era un rasgo novedoso,²⁵ pero lo más llamativo es la metonimia entre el Hijo de Dios, su nombre y la Compañía de Jesús. Así, con los dos ya citados, pero también con el número 7 (*Gloriamur in Christo Iesu*) y el número 9 (*Tenui eum nec dimittam*), que expresan la idea de que en su corazón la emperatriz prefería el nombre de Jesús (identificado con la Compañía) a sus propias armas imperiales. El número 12 (*Sicut dies phaeniciis dies mei*) nos muestra el anagrama jesuítico dentro del sol-Jesús que trae la resurrección al ave fénix.

22. GARCÍA MAHIQUES, Rafael. *Empresas morales de Juan de Borja. Imagen y palabra para una iconología*. Valencia: Ajuntament de València, 1998, pp. 17-51.

23. Es la emperatriz quien resguarda a la Compañía, y no toda la Casa de Austria, como erróneamente interpreta LOZANO NAVARRO. Op. cit., p. 118.

24. Esta imagen y la del emblema número 9, tan parecidas, pudieron ser la fuente para los relieves de los arcos del claustro, que precisamente muestran un águila bicéfala con una corona imperial y el anagrama de la Compañía en su pecho. No vemos fundamento para la referencia de SIMÓN DÍAZ. Op. cit., p. 54, a que el emblema número 1 (p. 38) es el precedente del emblema del Colegio.

25. Tal como ya señaló ALLO MANERO. Op. cit., p. 402.

Cambiando el símbolo, otros dos emblemas inciden sobre la fundación imperial del Colegio. El número 28 (*Quaesivit novam prolem*) representa una encina (cuyas hojas sirvieron para coronar emperadores) en la que se injerta una rama de almendro, que simboliza a la Compañía. Así se quería «significar la merced que hizo esta señora, en querer recibir debaxo de su amparo, y como por hijos suyos a los de la Compañía, como en efeto se hizo madre dellos, dexandoles su hazienda». El último emblema del libro, el número 36 (*Qui dat munera carbones congerit super caput accipientis*), remacha el mensaje insistiendo en que las mercedes y beneficios de la emperatriz a la Compañía no eran temporales, «sino dexò perpetua memoria dellos, con la fundacion que hizo en este Colegio de Madrid».

De lo dicho se podrá deducir ya que en el *Libro* predomina una voluntad explicativa, que permite entender tamaña insistencia sobre el tema central de las honras. El afán por mostrar el amor de la emperatriz por la Compañía y el Colegio lleva a sus autores a repetir el mismo mensaje con muy pocos matices y a desgranarlo por completo en las glosas, desvirtuando el carácter enigmático y jeroglífico que teóricamente correspondían al género.²⁶

4. Una imagen femenina para la posteridad

En cualquier caso, la gran protagonista del *Libro* es, cómo no, la emperatriz María. Sus virtudes, su vida, su muerte y su posición debían ser la fuente para el ingenio de los autores en sus composiciones literarias y emblemáticas.

A la hora de representarla visualmente, los autores optaron de forma prioritaria por la figura del águila, utilizada hasta en quince emblemas. Ya heráldicas, ya figuradas «al natural», las águilas son una y otra vez soporte para la personalidad y las acciones de la emperatriz. El número 33 (*Fugavit pestem in Germania*) se basa en las pretendidas curaciones que provocaba su paso por Centroeuropa, camino de España. Su recogimiento es glosado en los emblemas 13 (*In nidulo meo moriar*), referido a su retiro en las Descalzas, 22 (*Legitima proles solem intentis oculis contemplatur*) y 23 (*Renovabitur ut aquilae iuventus mea*), que mediante fuentes clásicas y bíblicas vinculan las legendarias características del águila con el devoto proceder de la emperatriz.²⁷ Los números 17 y 34 simplemente exaltan su fama, pero otros la muestran activa en el combate contra los herejes protestantes: así el número 15 (*In eo qui me confortat*) y el 24 (*Regina Austri surget contra generatione ista*).²⁸ Finalmente, otros emblemas recurren al águila para exponer su extraordinaria

26. *Ibidem*.

27. Para las dos tradiciones interpretativas del águila que mira al sol (como prueba de legitimidad y como método de rejuvenecimiento), v. GARCÍA ARRANZ, José Julio. *Ornitología emblemática: las aves en la literatura simbólica ilustrada en Europa durante los siglos XVI y XVII*. Tesis doctoral. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1998, pp. 177-207.

Por otro lado, los emblemas 5 y 31 aluden también al virtuoso retiro de la emperatriz en el convento, mediante los ejemplos de la espiga cargada de trigo al final de su vida y el gusano que teje un capullo para luego salir de él.

28. El emblema 25 incide también en su esfuerzo por detener el incendio de la herejía protestante, personificando la emperatriz al viento Austro.

ria posición dinástica: madre de dos reinas en el número 1 (*Augusta reginas*),²⁹ hija, madre y mujer de emperadores en el 2 (*Totum sola occupat orbem*) y ascendiente de Felipe III y Rodolfo II en el 20 (*Aquila grandis tulit medullam cedri*). El 18 (sin mote) declara «la ventaja que hizo la Magestad de la emperatriz María a todas las señoras del mundo de su tiempo, comparada a la Águila [sic], que es reyna de todas las demas aves».

La variedad de significados que un solo símbolo podía adquirir dentro del mismo libro³⁰ no iba en detrimento de las líneas principales del mensaje, que es coherente por completo. La emperatriz brilló por sus virtudes, especialmente por su devoción; por algunas de sus acciones, especialmente contra los herejes, y por su posición dinástica. El sermón del padre Jerónimo de Florencia, en el mismo libro, también comenzaba tomando por *inventio* al águila (pp. 22-23), a partir de una cita del libro de Job, como punto de partida para reflexionar sobre la brevedad de los imperios humanos y sobre las virtudes heroicas de la emperatriz. La imagen tuvo éxito, pues, tres décadas más tarde, fray Juan de Carrillo la tomó (como muchas otras cosas) del sermón de Jerónimo de Florencia y comparó a las hermanas María de Austria y Juana de Portugal con sendas «águilas reales de un mismo nido».³¹

Por su parte, las coronas (por sí mismas, no como simples atributos del águila) protagonizan los emblemas número 3, 6, 8 y 17. El escudo de la emperatriz campea en la

portada del libro, así como en el ya comentado emblema 21. También menudean las alusiones a las armas y los escudos imperiales, sustituidos en las preferencias de la emperatriz por el nombre de Jesús. Así lo declara el emblema 7, en la glosa: «teniendo en sus escudos aguilas imperiales, castillos, granadas, leones, tenia en su corazon esculpido el nombre de Iesus, de lo qual se le seguia mas gloria que de los gloriosos titulos de sus armas». El tema se repite casi idéntico en el número 9. El emblema 11 se hace eco de lo mismo, al explicar cómo prefería firmar tan sólo con el nombre de María, omitiendo por humildad todos sus títulos. En la imagen, el anagrama de la Virgen María lleva una corona imperial, mientras que en el emblema 27 es identificado con un sol que alumbra sobre un orbe coronado de la cruz.

En resumen, los símbolos de origen heráldico y dinástico (águilas, coronas, escudos, anagramas) reciben enorme atención en los emblemas del *Libro*, conformando así una imagen de la emperatriz María más marcada por su condición imperial que por sus actos. Estos sólo son mencionados cuando implican defensa de la fe o la renuncia al mundo a favor de un retiro conventual en la tradición de sus antepasados. No hace falta decir que el mundo de la política, del ejercicio del poder, está totalmente ausente en estas representaciones. Para los panegiristas de la emperatriz, como para la sociedad patriarcal en su conjunto, era inviable mostrar una mujer que desde un convento

29. El emblema 14 incide en esto mismo, equiparando ahora a sus dos hijas reinas con dos sarmientos que echó en España y Francia.

30. Los emblemas 19 y 21, ya comentados antes, también muestran águilas, pero en ellos predomina, en nuestra opinión, el mensaje propagandístico sobre la Compañía y su especial relación con la Emperatriz.

31. *Relación histórica de la Real Fundación del Monasterio de las Descalzas*. Madrid: Luis Sánchez, 1636. Citado en JORDAN. Op. cit., p. 430, nota 6.

influyó, y mucho, sobre Felipe III, especialmente combatiendo el influjo de su omnipotente valido, el duque de Lerma. Por ello se tenía que adaptar su imagen a la que el decoro femenino regio prescribía, una tarea a la que se aplicaron los jesuitas madrileños en las honras de 1603, a la vez que procuraban consolidar y acrecentar el enorme avance que suponía la fundación imperial para su Colegio.

Parece claro que el esfuerzo realizado para las honras y el libro no fue baldío. Pese a los retrasos en la aplicación del testamento de la emperatriz, el Colegio constituyó durante los siglos XVII y XVIII el núcleo educativo y religioso de Madrid, llegando a fungir como universidad y catedral para la capital de la monarquía. En lo referente a la memoria y la imagen de María de Austria, sin embargo, el *Libro*, sus emblemas y la tradición historiográfica derivada del mismo consolidaron una imagen desfigurada de la emperatriz, desprovista del papel político que realmente ejerció. La comparación con

las honras y los emblemas dedicados a Isabel de Borbón, 40 años más tarde, invita a reflexionar acerca de hasta qué punto era posible una visión menos deformante de la actuación femenina. Las honras de 1644, por contraste, mostraron a la difunta reina en papeles activos de ejercicio del poder. No obstante, esta visión más equilibrada se debió probablemente a un esfuerzo propagandístico de su viudo, Felipe IV, que atravesaba un momento crítico, y que así pretendería ganarse apoyos más decididos para su causa.³²

Nada nuevo si tenemos en cuenta que la imagen femenina de la Edad Moderna solió tener más de cómo veían a las mujeres algunos varones que de construcción femenina propia. Por ello, junto al análisis de los discursos patriarcales acerca de la posición de la mujer, es necesario determinar en qué medida las propias mujeres se percibían a sí mismas según las categorías y los intereses implícitos en los espejos que les tendían los varones.³³

32. ORSO. Op. cit., p. 64: «*presenting the queen as a glorious example of devotion to the Spanish cause is intended to rally the viewer to support the war effort*».

33. S. Matthews señaló agudamente la complejidad de trabajar sobre las representaciones de género: «*Dans la mesure où les graveurs et les éditeurs d'estampes du XVI^e siècle sont tous des hommes, le discours iconographique sur la nature féminine est un discours masculin. Dans quelle proportion les femmes se reconnaissent-elles dans la vision d'elles-mêmes qui leur était proposée? Il est difficile d'en juger étant donné leur silence. A l'exception de quelques figures littéraires telles que Marguerite de Navarre ou Louise Babé, le sexe féminin vivait largement à l'ombre de l'imaginaire masculin, ayant tendance à reproduire les lieux communs de l'idéologie dominante. Il est fort probable que, tout comme aujourd'hui, la plupart des femmes ne se percevaient que dans le miroir que leur tendait le regard des hommes*». MATTHEWS GRIEGO, Sara F. *Ange ou diablesse. La représentation de la femme au XVI^e siècle*. París: Flammarion, 1991, p. 399, n. 10.